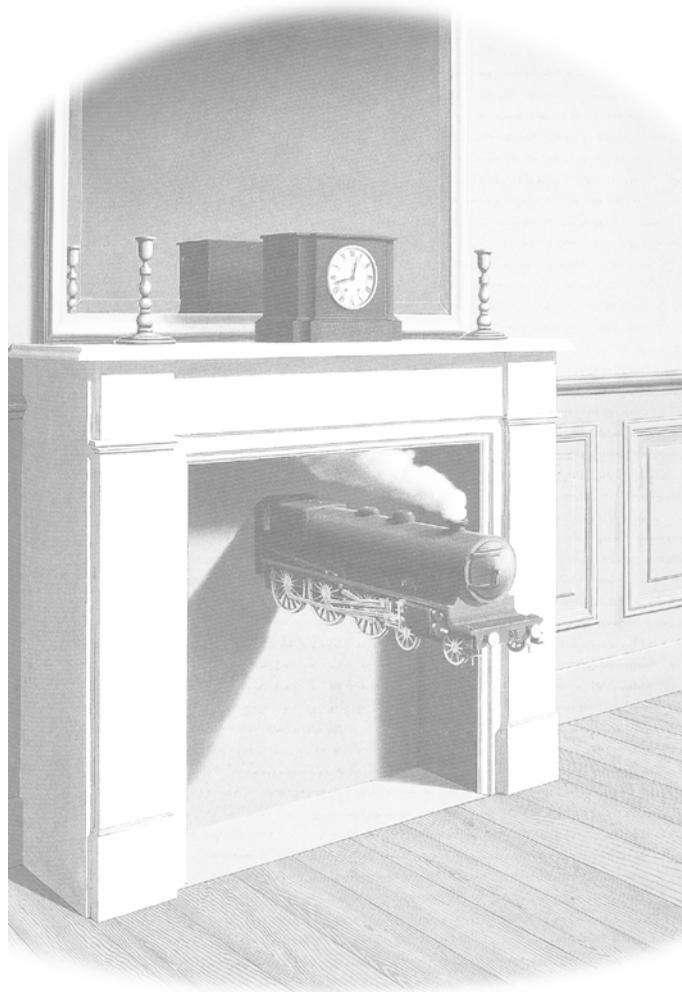


# SELECCIÓN DE POEMAS



René Magritte, *Time transfixed*, 1938.  
Óleo sobre lienzo. Art Institute of Chicago.

## Poética

Tras escribir  
en el papel la palabra *coyote*  
hay que vigilar  
que ese vocablo carnicero  
no se apodere de la página,  
que no logre esconderse  
detrás de la palabra *jacaranda*  
a esperar a que pase  
la palabra *liebre*  
y destrozarla. Para evitarlo,  
para dar voces de alerta  
al momento en que el coyote  
prepara con sigilo su emboscada,  
algunos viejos maestros  
que conocen  
los conjuros del lenguaje  
aconsejan trazar la palabra *cerilla*,  
rastrillarla en la palabra *pedra*  
y prender la palabra *hoguera*  
para alejarlo.  
No hay coyote ni chacal,  
no hay hiena ni jaguar,  
no hay puma ni lobo  
que no huyan, cuando el fuego  
conversa con el aire.

## Palabras en la niebla

Estoy sentado en medio de la niebla,  
en una silla sin forma ni color,  
en la desdibujada sala  
de un pequeño hotel  
del Valle de Cocora. En verdad,  
estoy sentado en un mueble de niebla,  
bajo un techo de niebla  
y en un mundo ciego  
que borra en su andadura las orillas.  
Hablo con una muchacha  
que no veo ni conozco  
asuntos triviales,  
novedades sobre la cerrazón del clima  
en las montañas del Quindío.  
Sé que es mulata por su acento  
y joven por su risa,  
erguida y levantada sobre sí misma,  
pues su voz me cae desde arriba,  
como un fruto maduro.  
Oigo bajar un caballo  
por la senda de grava,  
el castaño de sus patas en los guijarros.  
No veo sus crines, los arreos ni el jinete  
que propicia su paso tardo y seguro.  
La muchacha camina hacia mi estancia,

oigo su voz viniendo  
por el pasillo de madera,  
su voz que abre en la niebla  
una pequeña claridad.  
Ella extrae, como una ilusionista  
tras la plomiza cortina,  
una taza de café  
cuyo humo se confunde con el aire.  
Cuando me entrega el tazón  
entreveo su andar,  
una Pavlova  
montaraz y leve  
andando entre la bruma.  
Saboreo el café y su voz  
al mismo tiempo,  
envuelto en una ceguera  
suave y transitoria.

*Bogotá, enero de 2008*

## El poema

Lo cortejan escribanos y borrachos,  
lo recitan las damas blancas  
que cuentan el número de sílabas  
en sus frágiles collares de granizo,  
lo diseccionan como a un cadáver  
en la academia de la lengua,  
lo memorizan los idiotas  
que lo exhiben como a un perro de lujo  
en las pasarelas  
y en los grandes salones del verano,  
lo rasgan los poetastros envidiosos  
o le alteran sus fases,  
lo guardan en cofres las viudas  
que se abanicán con plumas de ángel,  
lo portan los pederastas  
como si fuera una violeta en el ojal  
y párrocos y sacristanes  
lo remiten al limbo  
por el correo certificado de Dios.  
El verdadero poema  
sobrevive a tan fúnebre cortejo.

## Las enfermedades del alma

Me da luna  
verte cruzar por una esquina  
cuando se enciende el faro de la isla  
y se apagan los barcos del contrabando.

Me da río  
ver los muertos en los trenes desbocados  
que viajan hacia el mar de las Antillas.

Me da nube  
mirar cómo trepan por el aire  
las calladas catedrales.

Me da barca  
cuando cruzas, sonámbula,  
como si empujaras al viento.

Me da libro  
el tren que parece la cremallera de la noche,  
la poderosa maquinaria  
que rebana dos tajos de oscuridad.

Me dan buitres  
las noches góticas  
que se pueblan de cirios y cilicios.

Me da puerto  
cuando el río sestea al mediodía  
entre bosques de pimienta  
o bajo los brazos de un samán.

Me da Sur,  
mucho Sur, oír tu silencio  
que acompasa la música  
con su discreta percusión.

Me da aguja  
la sombra cimbreada  
que vive cosida a tu belleza.

Me da bar  
cuando escucho en la madrugada  
el taladro de la lluvia.

Me da nieve  
el llanto de una niña  
que rompe el silencio del vecindario.

Me da cafetal  
el nombre de mi país  
pronunciado en el exilio.

Me da lunes  
pensar en la molienda  
de caña o de maíz.

Me da arcángel  
el viento que llena de hojas secas  
los patios de la aurora.

Me da nardo  
tu aliento que florece  
en la penumbra del cuarto.

Me da noche  
la tinta derramada por descuido  
en el mantel de la tarde.

Me da tigre  
el paso lento y seguro  
de los días.

Me da Goya  
el rapto de un niño  
en una esquina de la noche.

Me da África  
el remo abandonado  
cubierto de escamas.

Me da mar  
la bailarina que suelta en el tablado  
el oleaje de sus pasos.

Me dan cárcava  
las canciones populares  
que silba el vendedor de almejas.

Me da hierro, me da Pound,  
el ascensor vacío  
que abre su túnel en la noche.

Me da viento  
escuchar de tus labios  
la palabra lejanía.

Me da Amazonas  
y lianas y chapoteos  
la palabra humedad.

Me dan tren, me dan delta,  
los cantantes de blues,  
su repertorio de sombras.

Me da bruma  
el paisaje fabril, la bandera del humo  
que oculta una luna amortajada.

Me da jaula  
el jardín amaestrado  
por las manos del Rey.

Me da grieta  
saber que soy un sueño,  
un ruido de pisadas en la casona del mundo.

## En el café del mundo

*Para Carlos Vidales*

Por la mañana,  
cuando un sol de páramo merodea la ciudad,  
las meseras del café  
limpian las sobras de una conversación  
y las manchas que dejan en el piso  
las voces nocturnas.  
A alguien debió caérsele en el baño  
la palabra amor,  
pues no se soporta el olor a flor marchita  
que invade sus muros.  
Limpíen, limpien las palabras regadas en el mantel  
o esparcidas como cigarros apagados  
en los rincones. Sólo son pavesas de voces,  
cenizas del verbo, frutas disecadas.  
Las meseras espantan a las moscas con un diario:  
las palabras no son hadas caídas de labios del fabulador,  
ni cadáveres en fuga hacia el vacío,  
pero las moscas se frotan las patas  
frente a sus melancólicos residuos.  
Tal vez al borde del vaso con restos de cerveza  
la palabra país se haga recuerdo  
pues hay algo de tela de araña, de ruina de tiempo,  
de un mestizaje de sueño y pesadumbre

en torno de la mesa.  
Aún están las sillas con las patas arriba  
como carrileras o pirámides o torres  
de una Babel silenciosa  
y las meseras se aprestan a barrer un otoño de voces.  
Palabras que fueron mordidas con pasión  
o arrojadas por la espalda,  
palabras titubeantes en labios del herido  
o untadas de una tenaz melancolía,  
mariposas derribadas en su vuelo.  
Las meseras ignoran que limpian y barren las palabras,  
que algunas recorrieron el mundo, muelles y hangares,  
para venir a morir bajo una mesa.  
La palabra libertad que agitó su bandera de harapos  
se deshace entre los restos de la noche  
y no es fácil remendarla con agujas de lluvia.  
Ni perros ni gatos husmean los escombros  
donde se acumulan los sinónimos del hombre.  
Hasta la palabra miedo  
ha mudado de piel y ya no tiembla.  
Ah, diligentes meseras que ponen orden a los objetos  
aunque nadie los nombre. Yo las veo  
recogiendo pedazos de la palabra cristal,  
entre enceguecidos Narcisos  
que fingen no verse en aguas pantanosas.  
La palabra muerte no quiere deshacerse,  
se resiste a morir en el café de la noche.  
Las pulcras meseras recogen,  
entre papeles arrugados y sombras y cabellos y fantasmas,  
las sílabas del día, sus inciertas potestades.  
Limpian, limpien llanuras, suburbios, subterráneos,  
glaciares y jardines y patios y collares,  
el eco del silencio que atraviesa la noche.

## Poema invadido por romanos

Los romanos eran maliciosos.

Llenaron Europa de ruinas  
confabulados con el tiempo.

Les interesaba el futuro,  
las huellas más que las pisadas.

Los romanos, Casandra, eran mañosos.

No fraguaron el Acueducto de Segovia  
como un ducto de agua y de luz.  
Lo pensaron como vestigio,  
como un absorto pasado.

Sembraron de edificios roñosos Europa,  
de estatuas acéfalas  
engullidas por la gloria de Roma.

No hicieron el Coliseo  
para que los tigres devoraran  
a su antojo a los cristianos,  
tan poco apetecibles,

ni para ver ensartadas  
como entremeses del infierno  
a las huestes de Espartaco.

Pensaron su ruina, una ruina proporcional  
a la sombra mordida del sol que agoniza.

Mi amigo Dino Campana  
pudo haber saltado a la yugular  
de uno de sus dioses de mármol.

Los romanos dan mucho en qué pensar.

Por ejemplo,  
en un caballo de bronce  
de la Piazza Bianca.  
Al momento de restaurarlo,  
al asomarse a su boca abierta,  
encontraron en el vientre  
esqueletos de palomas.

Como tu amor,  
que se vuelve ruina  
mientras más lo construyo.

El tiempo es romano.

## Balada de los poetas encastillados

Los poetas encastillados  
no hacen caso a los heraldos  
que deslizan debajo de sus puertas una herida,  
alguna llaga, y que traen noticias de la guerra.  
Afuera, los pingajos  
de quienes viven tras alambradas  
y entre reses muertas que tasajea el matarife,  
son un paisaje que ofende sus medidas estrofas.  
Más allá de los muros del castillo  
se libran escaramuzas  
entre gentes que habitan dos bandos distintos  
de una misma y fecunda miseria.  
Desde sus torres almenadas,  
los poetas encastillados  
apuntan sus catalejos hacia un país  
de banderas que guardan luto por el viento  
y bajan a toda máquina los puentes levadizos  
que conducen a un jardín de rosas dormidas.  
¡Tocad, ordenan a sus músicos,  
que el ruido de la aldea  
no perturbe el canto de la alondra, que la gleba  
no espante al unicornio que pasta en cada verso!

## Confesión de un solitario

Llevo años, buenos años, viviendo con Nadie.  
Sin darme cuenta, sin hacer esfuerzos,  
me acostumbré a las costumbres de Nadie.  
A punto de demandar mi atención  
ocurre que siempre se arrepiente. Quizá lo hace  
para no entrar de rondón en mis silencios.  
De las lenguas de Babel  
Nadie elige un habla cautelosa.  
Ni siquiera cuando tropiezo y maldigo  
da muestras de sorpresa o de disgusto.  
Que yo encienda la lámpara del desvelo  
o entone una antigua canción en la alborada  
no es motivo de molestias para Nadie.  
No hace preguntas cuando regreso de viaje,  
de una ciudad cuyas calles nunca desembocan  
o de un crucero por las provincias del mangle.  
Llevarle flores a Nadie es darle hojas al otoño,  
pues ha hecho del silencio su jardín.

## Las manos de Orlac (reflexiones en un concierto de piano)

Una vieja película del cine negro narra la historia de Orlac.  
Tras su ejecución, a Stephen Orlac, lanzacuchillos de circo y asesino,  
le amputan las manos y las trasplantan a un pianista  
que ha perdido las suyas en un tren descarrilado.  
Las manos se niegan a obedecer al nuevo cuerpo,  
deciden moverse a su antojo y recobrar su instinto criminal.  
En lugar de volcarse sobre el teclado del piano, buscan cuellos que  
/ apretar.  
El pianista de esta noche sin duda ha recibido en comodato  
las manos de Orlac. Escuchen cómo asesina la música de Bach.

## Arte de tiempo

El tiempo permanece  
atrapado entre los libros.  
Por este prodigio de aprehensión,  
Heráclito sigue bañándose  
en el mismo río,  
en la misma página.  
Tú seguirás para siempre  
desnuda en mi poema.